

de Francia á la diputación del Imperio que la cesión de la orilla izquierda del Rhin significaba la posesión de todas sus islas, y de cabezas de puente en Maguncia, Huningue y Strasburg (Kehl), amén de tenerse que destruir la fortaleza de Ehrenbreitstein que era un peligro para Coblenz. Además implicaba la libre navegación por el Danubio y el libre comercio en toda su extensión, por lo cual se cerrarían todas las aduanas. Francia declaraba también que no quería tomar en la parte proporcional debida las deudas de los Estados que se anexionaba, y como si todo esto fuera poco, pedía también la libre na-



LA REVEILLIERE

nes por la nueva Helvecia, es decir, por la Helvecia conforme á la Constitución de Ochs, que fué también causa de la entrada de los franceses en Ginebra, y el 3 de Mayo firmaron su adhesión con la condición precisa de que los franceses debían abandonar los cantones de Lucerna, Schwitz, Zurich y otros que no habían dejado de ser desde la entrada de los franceses teatro de sangrientos combates que habían costado á los franceses más de 3.000 hombres, elevándose la pérdida de los suizos sólo á una decima parte. Francia, pues, quedaba triunfante en Suiza con la adhesión de un Estado que le debía su nueva forma política, y su frontera por el extremo sud del Este quedaba cerrada, tanto más cuanto que ya por Febrero se anexionó la ciudad alsaciana libre de Mulhouse aliada de la Confederación helvética, á la que le hizo pedir su incorporación á la República francesa.

Francia, empero, no consiguió en Suiza la completa realización de sus fines hasta Junio, porque los

vegação por el Danubio y el Weser, de modo que tantas y tan grandes pretensiones iban alejando por momentos esa paz tan deseada.

Por este mismo tiempo se restablecía la paz en Suiza después de los gloriosos combates sostenidos por Reding al frente del pueblo armado de los primitivos cantones. Los suizos aunque victoriosos en Morgarten el 2 de Mayo de 1798, esto es, en los mismos desfiladeros en donde quinientos años antes habían fundado con su primera victoria su independencia, creyeron que debían ceder al número y al contagio que se había apoderado de varios canto-

suizos que de buena ó de mala gana entraron en la nueva Helvecia, quisieron significar su disgusto á los que habían sido causa de la entrada de los extranjeros en la patria, y al efecto, al constituirse en Arau el Directorio, ni Ochs ni Laharpe formaron de él parte. Fué, pues, necesario domar al nuevo gobierno y de esto se encargó el comisario francés Rapinat cuñado de Rewbell, pero con toda la brutalidad propia de gentes que creían haber conquistado Suiza. Tras largos disgustos se hizo un hueco en el Directorio suizo, y Ochs y Laharpe fueron elegidos.

También por estos mismos días se cumplía, en verdad, la destrucción de la monarquía Sarda, reducida ya, como sabemos, al Piamonte. En 1796 había muerto su rey Víctor Amadeo III y ahora reinaba su hijo Carlos Manuel IV, quien tuvo desde luego que dominar una insurrección republicana que estalló á orillas del Lago Mayor, y que ahogó en sangre con permiso de Bonaparte. Pero ahora que-

ría Francia todo lo contrario y de la Cisalpina y de la Liguria salieron partidas de hombres armados y soldados que atacaron por varios puntos el territorio piamontés. Carlos Manuel resistió valientemente las invasiones dichas, bien convencido de que detrás de los insurrectos estaba Brune, y no se equivocó, pues apenas hubo dominado la insurrección y ejecutado á diez de sus jefes, entre ellos dos france-

ses, á pesar de las reclamaciones de Guinguenée, embajador de la República francesa, esclarecido escritor, entusiasta republicano, pero detestable diplomático, Brune apareció reclamando la ocupación de la ciudadela de Turín, en vista de que la agitación del país ponía en peligroso estado las fortalezas que se habían cedido á Bonaparte al principiar la campaña de Italia y que no debían volverse al Piamonte



TALLEYRAND

hasta la conclusión de la paz, y que se habían convertido en otros tantos centros de propaganda revolucionaria. Carlos Manuel que tan resuelto se había mostrado hasta aquí, cedió, y el día 28 de Mayo de 1798 los franceses ocuparon la ciudadela de Turín. El mismo día pidieron sus pasaportes al rey los embajadores de Inglaterra, Rusia y Portugal que, con razón, consideraron acabada su misión, pues, ¿qué monarquía era aquella que consentía en vivir bajo la protección de los cañones ya republicanos de la ciudadela de Turín?

Ahora podían los cisalpinos, á quienes tanto había disgustado la creación de la república romana, convencerse de que cuando en Rastadt Treilhard

dijo á Melzi, su representante, que podría la república engrandecerse por la parte de Cerdeña, no les había engañado.

No quedaban, pues, en Italia más que Parma protegida por su parentesco con los Borbones de España, la Toscana protegida por su parentesco con el emperador de Alemania y de Austria, y Nápoles que se hallaba en iguales condiciones respecto de Austria y de España.

Provocar la revolución democrática en Toscana era provocar al emperador de Austria, pero esta consideración no bastaba á la tranquilidad del gran duque de Toscana que al ver lo que ocurría en el Piamonte mandó á su ministro Manfredini á Viena



á pedir á su hermano su formal protección. Pero el emperador de Austria andaba entonces metido con la cuestión de la bandera de Bernadotte, y se limitó á asegurar que haría por él cuanto humanamente le fuera posible. Al saber esto el de Toscana se consideró perdido, y se resignó de antemano á lo que suceder pudiera. Pero al mismo tiempo alarmado el emperador de Austria por las noticias que recibía de Nápoles, firmaba con Fernando IV un tratado de alianza defensiva.

En Nápoles la situación no podía ser más difícil. La República francesa había cometido hasta la inexcusable falta de enviar allí de embajador á Garat que fué quién, como ministro de Justicia, tuvo que leer á Luis XVI su sentencia de muerte, cuando la reina de Nápoles, que después de todo era quién mandaba en Nápoles, era una hermana de la reina María Antonieta. Tener que sufrir la presencia de un tal hombre, por más que Garat no fuera menos ilustrado que Guinguenée, era un martirio para la reina Carolina, por consiguiente las relaciones se pusieron cada vez más tirantes, y gracias á su varonil temple se corrió francamente á la guerra armando á más de sesenta mil hombres y ésta estuvo á punto de estallar al reclamar la república romana como sucesora de los derechos todos de la Sede apostólica, que Nápoles reconociera su soberanía, le pagase el tributo que de antiguo abonaba al Pontífice y le entregara los principados de Benevento y de Ponte Corvo que estaban enclavados dentro del reino napolitano. La resolución con que la reina Carolina se impuso á toda cesión y reconocimiento de todas pretensiones y derechos, dió por resultado una transacción, á saber, que Nápoles se quedaría con la plena soberanía de los dichos principados y exenta de todo vasallaje mediante el pago de veinte millones. Al poco tiempo obtenía Carolina el relevo de Garat por otro antiguo jacobino, por Lacombe Saint-Michel, pero éste por lo menos no le recordaba el desgraciado fin de su hermana y de su cuñado. Por otra parte Francia como había ya conseguido hacer dinero procuró hacerse grata en Nápoles, y se había visto cuán infundado era el temor que habían inspirado los armamentos de Tolon, se aflojó la tirantez de la situación hasta el punto de que el rey de Nápoles se negó á ratificar durante algunas semanas su tratado de alianza con Austria, porque naturalmente le obligaba á tomar las armas, caso que Austria fuera á atacada, lo que se creía ya muy posible. De modo que cuando Austria más comprometida estaba en las negociaciones que se seguían en Selz, menos veía á sus presuntos aliados dis-

puestos á intervenir seriamente caso que se rompieran de nuevo las hostilidades.

Estaban reunidos en Selz, á últimos de Mayo, Neufchateau y Cobenzl. Cuando se supo en París lo que había sucedido en Viena, Bonaparte temeroso que la militarada de Bernadotte no echase por tierra todos sus planes, se ofreció ir á Rastadt para entenderse directamente con Cobenzl. El Directorio y Austria aceptaron, pero interin se esperaba la respuesta, supose en París que Cobenzl ya no estaba en Rastadt y Bonaparte creyó que quedaba fuera de compromisos, tanto más cuanto desde luégo vió que la cuestión de la bandera no produciría la guerra. Bonaparte, pues, marchó para Tolon. Pero llegó el aviso de que Cobenzl regresó á Rastadt, y entonces se acordó que Neufchateau fuera á su encuentro, pero como el ex-director no podía salir de Francia según la Constitución hasta después de un año de haber cesado en su cargo, se designó la pequeña villa de Selz en Alsacia para las conferencias, á donde llegó Neufchateau el 25 de Mayo y á los pocos días Cobenzl contrariado por la ausencia de Bonaparte, pero reconociendo que Francia había hecho cuanto le era posible para reparar una falta de cortesía.

En Selz quiso Cobenzl, desde el 30 de Mayo, ó sea desde la primera entrevista, tratar de la paz, y el ex-director Neufchateau tratar pura y exclusivamente del asunto de la bandera, pero Cobenzl insistió en no ocuparse más que de la paz de Campo-Formio, pues creía que sobrado se había dicho y hecho para excusar la insensatez del bajo pueblo de Viena. Neufchateau tuvo que convencerse y al fin tras largas discusiones y notas Cobenzl tuvo que acabar por pedir que se le diera al duque de Toscana la Lombardía, y que la Toscana y el Piamonte se convirtieran en repúblicas, y luégo que se le dieran á Austria las legaciones como compensación de lo que se perdía en el Rhin, y que á Prusia no se le diera compensación alguna. Cuando tan de barato se daba la monarquía de Carlos Manuel que aún estaba en pié, y las instituciones monárquicas de la Toscana, no se puede, en verdad, ser intransigente con el poco respeto que mostraban los franceses con los tronos italianos. Tales fueron las condiciones que el 7 de Junio presentó Cobenzl á Neufchateau. El día 26 de Junio recibió Cobenzl respuesta á su nota. El Directorio le decía por conducta de Neufchateau que en Selz sólo se debía tratar de la bandera, que lo demás competía á los que estaban reunidos en Rastadt. Declarábanse infundados los temores de Austria respecto de Toscana y Nápoles,

y se decía en lenguaje franco y terminante, que si Austria creía por lo que había sucedido en Suiza que debía enviar sus soldados á los grisonos, que Francia también enviaría por su parte los suyos. Y en fin que si en Udina Bonaparte de palabra había ofrecido esto ó aquello respecto del Papa, la república no podía considerarse solidaria de tales palabras.

Cobenzl al recibir la nota escribió á su sobrano:

«No le queda á V. M. más que el camino de las armas, pues Francia no quiere que se hable de los hechos consumados en Italia y Suiza, ni extender nuestras fronteras. Sin duda el Directorio no está hoy por la lucha abierta, pero es evidente que una paz duradera no es posible sino se da una justa satisfacción á nuestras quejas y á los intereses más esenciales de nuestra monarquía.»

Desde este momento en Viena ya se consideró que las hostilidades se romperían de nuevo tan pronto estuviera preparada una ú otra de las partes, y para acabar de una vez se convino en dejar sentado que Austria no se daría por satisfecha sin un engrandecimiento en Italia, como no fuera que Francia abandonara por completo á Italia y Suiza. En su consecuencia Thugut dirigió todos sus esfuerzos á convencer al emperador de Rusia siempre indeciso y vacilante en el partido que debía tomar, que era llegado el momento de su intervención. Thugut contando con el apoyo de Rusia se consideraba poco menos que invencible, pues creía que podría oponer á los franceses fuerzas mucho más superiores que las que éstos podían reunir en una línea de batalla que iba de Udina á Holanda, y además porque Bonaparte estaba poco menos que cautivo en Egipto por haber al fin aparecido en el Mediterráneo, el genio naval de la época, el intrépido Nelson.

Pero no se crea que las negociaciones se rompieran de una manera brusca después de la notificación de la nota de 26 de Junio, ni Cobenzl ni Neufchateau deseaban la guerra, uno y otro la temían, y no habían, por consiguiente, de hacerla indefectible con sus genialidades. Las conferencias no terminaron hasta el 5 de Julio. Interin se habían cambiado notas y más notas, y Cobenzl que tenía ya formada su convicción se quejaba al ministro del imperio Collaredo sobre la situación en que estaba. «Es una cosa cruel,—le decía el 30 de Junio,—tener que perder uno su tiempo querellándose á propósito de una bandera, sin poder ganar una pulgada de terreno en Italia. No es Selz, no es Rastadt los que me tienen

abrumado, sino el Adige: la dicha para mí está en el Oglio y en las Legaciones.»

Neufchateau, por su parte, escribía al Directorio: «No me ha sido posible reparar el mal que ya se había hecho, y lamento profundamente no haber conseguido dar satisfacción al deseo de paz que tan general es.» Al regresar á París, pudo, en efecto, convencerse aún más de cuán general era ese deseo de paz. La agitación en la Alsacia era intensísima, pues todo el mundo había comprendido que la paz ó la guerra se había de decidir en Selz y no en Rastadt. ¿A qué hubieran ido á Selz dos personajes tan considerables como Cobenzl y Neufchateau, si no se hubiese fiado en ellos la solución del conflicto? Por esto al saber que se habían separado sin entenderse se creyó inmediata la guerra, y las provincias, que temían ser teatro de ella á uno y otro lado del Rhin, mostraron de una manera ruidosa su descontento, en Alemania porque se veían arrastrados á la guerra por el emperador cuando tan dispuestos estaban todos á ceder, en Francia porque había un verdadero cansancio, que nada fatiga tanto como creer que se ha conseguido el fin del viaje y ver á éste escaparse á cada instante.

Los ánimos no se repusieron, sin embargo, al ver que la guerra no estallaba, por lo mismo que la paz no era posible, el *statu quo* parecía aún más terrible que la guerra, produciendo la ansia de la misma la desmoralización más completa del país. ¿Qué iba ahora á suceder? ¿Quién podría abrir nuevas negociaciones? En Rastadt continuaban reunidos los plenipotenciarios de todos los países interesados en la paz, pero todo el mundo sabía también que nada se había hecho en Rastadt mientras duraron las conferencias de Selz. Si la guerra, pues, no estallaba, es porque ni de una ni de otra parte se estaba dispuesto ó preparado para ella. Esta creencia se hizo general, y, por consiguiente, eran imposibles los trabajos de paz cuando no se estaba seguro al amanecer un nuevo día de que cerrara sin haberse disparado el primer cañonazo.

Ahora bien, dado el estado de Francia, las grandes dificultades que tenía que vencer para llegar á su reorganización, se comprende que este estado de inquietud y de alarma constante acabara de desmoralizar al país y que éste perdiera toda su confianza en las autoridades, y suspirara por algo nuevo que le diera orden, paz y tranquilidad, que estas son las condiciones de la vida de los pueblos, y los pueblos como los individuos antes que todo quieren vivir.

Para vivir era necesario cambiar de postura. El golpe de Estado de 18 brumario no llega á intere-